

Repetidas veces ha dicho el cardenal Bea que la "verdad y la caridad" deben constituir la base del diálogo ecuménico. Y un falso irenismo, que disimulara los contornos de la verdad, sería, además de una traición, el obstáculo mayor a la unión de los cristianos. Caridad sin claridad no sería verdadera caridad. Y querer borrar las diferencias profundas existentes echando sobre ellas un manto de niebla dificultaría la marcha sincera y dolorosa hacia el cumplimiento del anhelo del Salvador: "Que todos sean una cosa." Y si es necesario un juicio objetivo de las posibilidades concretas en el camino de la unión, lo es, y tal vez más, de las dificultades concretas que se interponen en dicho camino.

Esto lo han entendido, expresándolo en términos netos, los dirigentes de las Iglesias Evangélicas ante una "psicosis" de unidad dedicada a tumbar vallas y pensar que todo consistía en una danza y contradanza de abrazos y sonrisas.

"Sólo es posible, se dice en una información de la Directiva de la Iglesia Evangélica luterana de Alemania, llegar a un auténtico progreso en las relaciones entre las confesiones, si se parte de una visión clara y sobria de la situación. Esta visión exige de ambas partes la renuncia a un silencio infeliz en lo tocante a las diferencias, a una ligereza que despierta esperanzas apasionadas, a un uso simplista de las palabras "amor y unidad".

Y el vicesecretario de la Alianza Luterana Mundial, Dr. Schmidt-Clausen, lo ha dicho en términos claros:

"La realización de la unidad de la Iglesia sólo tiene perspectivas cuando se coloca absolutamente en el terreno de la verdad. Un esfuerzo hacia la unidad planteado de suerte que dejara de lado la verdad, llevaría sólo a una unidad aparente."

Humildad y respeto .

El servicio de la verdad debe llevar consigo un sentimiento de humildad y de respeto. Es la soberbia, en sus múltiples formas, la que ahondó las zanjadas entre los cristianos y la que impidió darse el abrazo fraternal sobre el muro lamentable de las separaciones. Muchas de las distancias las creó el amor propio, de unos y de otros. Es éste el barro en que luego han petrificado los prejuicios.

¿ECUMENISMO ANTE UN PROTES AGRESIVO?

Unido a la humildad, dice el cardenal Bea, debe ir el respeto. El que debemos nosotros los católicos a los hermanos separados de acuerdo con las palabras de San Pablo: "Estimad a los demás como superiores a vosotros mismos" (Filip. 2, 3). Respeto que nosotros también esperamos de nuestros hermanos separados y que unos y otros debemos aprender de Dios, que, siendo dueño absoluto, no quiere violentar la libertad humana y la respeta.

M. L. Le Guillou, O. P., en su precioso libro "Misión y Unidad" (libro II, cap. IV, "Misión y diálogo ecuménico"), enfoca el problema del mutuo respeto así:

"No se trata más que de comprenderse, sin aceptar el más mínimo compromiso en la fe: católicos y protestantes deberán a menudo permanecer en una oposición lúcida y reflexiva, pero respetándose unos a otros, pues raras y esporádicas serán, sin duda, las posibilidades de acción en común.

No queda otra solución, pues, sino comprendernos y amarnos en Cristo Jesús en una perspectiva de emulación espiritual, en ver a los hermanos separados en Cristo. No se trata de considerarlos como paganos a los que hay que convertir, sino como a cristianos a los que hay que ayudar a vivir de la plenitud del mis-

terio cristiano, en un deseo de diálogo y amor recíproco. Y esto acarrea responsabilidades para la Iglesia lo mismo que para el Consejo Ecuménico, ya que ambos están destinados a encontrarse en el ejercicio de su actividad misionera y evangelizadora..."

Proselitismo

"El sincero deseo de la verdad, dice Le Guillou, debería descartar toda tentativa de proselitismo indiscreto, quizás injurioso." Es inadmisibles que las sociedades misioneras protestantes, continúa diciendo el mismo autor, traten al Continente de América del Sur como a un continente pagano o ganado para lo que algunos de ellos llaman "la idolatría mariana".

Es este proselitismo, las más de las veces intemperante y que no se para en barreras, el que ha obstaculizado las relaciones entre ortodoxos y protestantes. En la reunión de Lund los delegados de las Iglesias ortodoxas protestaron energicamente contra el proselitismo protestante y pidieron en términos vivos la cesación de dicho proselitismo entre los ortodoxos, significando claramente que de lo contrario peligrarían los contactos ecuménicos. Los tres metropolitanos griegos, enviados como delegados de la Iglesia ortodoxa griega a la reunión de Evanston (1954), se negaron a asistir, en protesta del proselitismo protestante en su patria.

ANTISMO

Por JUAN M. GANUZA, S. J.

Avalancha protestante sobre América Latina

¿No tendrán las Iglesias protestantes escrupulo de conciencia ante la invasión de las sectas en América Latina? Ciertamente que no han faltado personeros de alta significación en el campo del protestantismo moderno, especialmente el ecumenista, que se han quedado amargamente de esta inundación de sectas en América Latina. El prior de la abadía protestante de Taizé, Roger Schutz, entre otros muchos, ha protestado con energía y libertad evangélica contra ese proselitismo sin sentido que pone en peligro la unidad cristiana. Y su voz, desinteresada, ha hallado eco en muchas conciencias rectas protestantes.

Pero hay otros muchos que, a pesar de su acendrado ecumenismo, no sólo no apartan la vista del espectáculo, sino que se frotan, regocijados, las manos.

La revista "Christianity To-day", en edición reciente, estudia el avance del protestantismo en América Latina y subraya las posibilidades de un mayor desarrollo aún.

"La Iglesia Evangélica de América Latina es hoy adulta", recalca en el artículo de introducción el señor Dayton Roberts, Director adjunto de la Misión latinoamericana.

na. "Es hora, dice, de definir las actitudes ecuménicas protestantes respecto al catolicismo, al comunismo y al movimiento ecuménico protestante.

Y el Dr. Wilton N. Nelson, director del Seminario Bíblico de Costa Rica, dice al estudiar las estadísticas protestantes en el continente:

"Desde 1800, en que no había ningún protestante al sur del Río Grande, hasta nuestros días, el número de cristianos evangélicos ha rebasado los 10 millones, de los que el 90% se han convertido en los últimos 35 años. Y la razón fundamental de este desarrollo está en el despertar del interés del mundo por América Latina y en la conciencia suscitada en los protestantes en particular de la existencia en este vasto continente de un vasto campo de acción misionera necesaria."

Intencionalmente he subrayado la palabra *necesaria*. ¿Condición "sine qua non" para la misma existencia de las innumerables sectas y sociedades protestantes americanas, que se extinguirían sin la arremetida latinoamericana? Eso opinaba un experto en protestantismo: "las sectas americanas necesitan tener misiones para subsistir. Y ¿qué campo menos peligroso y más cercano que las naciones vecinas del Sur del Río Negro?" O extenderse o perecer, parece ser el grito que surge de la angustia del sobrevivir de muchas de ellas. Sólo un proselitismo al viejo estilo, enconado y agresivo, puede despertar la fe y la plata de los miles de somnolientos miembros de las sectas en ciudades y campos de EE.UU., en progresiva paganización.

Números cantan

Dejando a un lado la euforia estadística de "Christianity To-day", que con un fácil entusiasmo hace subir a más de un 3,3% el porcentaje de protestantes en Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua, Costa Rica, Panamá, etc., utilicemos la encuesta estadística "Protestant Mission in Latin America", editada por la "Evangelical Foreign Missions Association", de 1961, en Washington, y cuyas cifras son, a nuestro parecer, juzgando particularmente sobre Venezuela, bastante conservadoras.

En comparación con las estadísticas de 1937 (Evangelical Handbook of Latin America, 1937 edition), el crecimiento de las Iglesias evangélicas en América Latina ha sido enorme. Citemos sólo algunos países en honor a la brevedad, partiendo de 1937 y usando el año 1961 como término:

Argentina:		
1937	55.242	protestantes
1961	143.115	"

Brasil:		
1937	175.451	"
1961	1.763.142	"

Chile:		
1937	21.446	"
1961	142.220	"
Guatemala:		
1937	14.575	"
1961	35.628	"
México:		
1937	42.613	"
1961	230.562	"
El Salvador:		
1937	3.970	"
1961	18.306	"

Un caso típico de desarrollo es Colombia. En 1937 había 1.996 miembros de las Iglesias protestantes y 87 pastores colombianos; y en 1960, 25.976 miembros y 673 pastores colombianos, respectivamente.

Son tal vez Venezuela y Ecuador los países donde ha sido menor el impacto protestante, como se lamenta "Christianity To-day", a pesar de la intensa propaganda, especialmente radiofónica. Y ciertamente el protestantismo no ha podido romper la densa costra laicista del Uruguay y no deja de ser allí una insignificante minoría.

Estos datos indican la enorme influencia del protestantismo en nuestro continente, pues el número de miembros de las Iglesias hay que multiplicarlos por tres para formarse una idea aproximada de la comunidad protestante. Su poder de infiltración queda garantizado por el gran desarrollo de sus organizaciones, instrumento eficaz de proselitismo.

En 1937 poseían en América Latina 42 seminarios e institutos bíblicos para formación de pastores. En 1961 superaban ya los 241; en 1937 tenían 34 colegios secundarios y carecían de escuelas normales y de educación superior. En 1961 las escuelas secundarias llegaban ya a 154 y contaban además con 29 centros de cultura superior y 26 escuelas normales; en 1937 tenían 10 programas radiales en estaciones comerciales, y en 1961, más de 591; en 1937 apenas tenían 3 hospitales, y en 1961 llegaban a los 50; de 8 clínicas pasaban también a 224, y de una escuela de enfermeras, a 35; sus tres librerías en 1937 eran 225 en 1961... etc.

Nuestra actitud ante la agresividad de las sectas

¿Podríamos callar bajo capa de un irenismo inexcusable y de fatales consecuencias? En ciertos países de nuestro continente lo han hecho y, a fuer de sinceros, deberían llorar con lágrimas de sangre las tremendas pérdidas.

Sería más inexcusable aún cierta política, de peores consecuencias, de no perder ocasión de elogiar el esfuerzo de las sectas, a las que se pone como ejemplo de eficacia evangelizadora.

Dice Le Guillou en el libro antes citado que "el Consejo Ecumén-

nico debería hacer un esfuerzo por implantar en las Sociedades Misioneras un deseo más vivo de unidad y un espíritu más ecuménico... y podría ser un mejor instrumento de comprensión con los católicos”.

Porque el crecimiento del protestantismo es a base de católicos y lo realizan las sectas y sociedades misionales con un afán agresivo y anticatólico que, más que favorecer la unión, está creando una atmósfera de tensión y aun de odio religioso.

Creemos que un catolicismo antiprotestino es una plaga en la Iglesia y que, gracias a Dios, se va salvando la valla de los prejuicios. Pero nos parece tan malo un protestantismo anticatólico. El llamado “evangelismo agresivo” de las sectas y de las sociedades misioneras es, más que cristianismo, un furibundo anticatolicismo que personifica en la Iglesia romana todos los males y que ve en su destrucción la salvación del mundo.

Creemos en la necesidad del diálogo ecuménico, basado en la verdad y caridad y en un clima de mutuo respeto. Pero ¿qué difícil es el diálogo con el injusto y agresivo vecino que, además de invadir la casa, embadurna las paredes e insulta a los dueños! Tratar de unir a los cristianos cuando se cataloga a la Iglesia cristiana más numerosa como a Babilonia, la “gran Ramera”, la primogénita de Satanás, etc., etc. —y dejo en el tintero otros epítetos característicos del “evangelismo agresivo”—, me parece una operación paradójica.

No quisiéramos prolongar este monólogo doloroso. Y sufrimos con la actitud cerrada de muchos católicos que cierran los ojos al diálogo. Y nos duele la obsesión anticatólica de la mayoría de nuestros protestantes, que se traduce en sus revistas, en sus congresos y en los infames panfletos anticatólicos que se venden como pan caliente en sus reuniones y convenciones.

Sería lamentable que nuestros ecumenistas, eclesiásticos y laicos, particularmente de Europa y Norteamérica, cerraran sus ojos al lamentable espectáculo de la avalancha protestante, agresiva y destructora, sobre Latinoamérica y se hicieran sordos a las llamadas de angustia de los obispos del continente.

Reconocemos que en Latinoamérica hay grupos protestantes que están alarmados por la cancerosa proliferación de las sectas, y se van aproximando al diálogo fecundo y fraternal. Hay en nuestros países objetivos espléndidos para una mutua acción común y hay muchas más cosas que nos unen que las que nos desunen.

Pero no podemos ser espectadores silenciosos e indiferentes del naufragio en la fe de muchos de

nuestros hermanos católicos y nos descorazona que nos vengan a evangelizar, cuando hay millones de paganos en el norte y en el sur, que nunca han oído hablar de Cristo o Le han olvidado hace tiempo.

Y nos descorazona también ese nuevo mundo de indiferentes, de anticlericales, de postcristianos, que, aunque parezca paradójica, surge, como polvareda, del avance devastador de las sectas. Es una consecuencia lógica del atomismo protestante, de esa incruenta guerra entre cristianos que los aleja no sólo de la Iglesia católica, sino de Cristo y de su Evangelio. Cuando en otros países y continentes se va cicatrizando la llaga de la división cristiana, entre nosotros se abre cada vez más.

Operación esperanza

“Hermano, no te acomodes al escándalo de la separación de los cristianos que confiesan todos con tanta facilidad el amor del prójimo, pero siguen divididos. Ten la pasión de la unidad del Cuerpo de Cristo.” Así habla la regla de la abadía protestante de Taizé. La abadía es como un mosaico que representa la variedad del protestantismo moderno. Y sus 8 hermanos, pastores ordenados, pertenecen a distintas Iglesias, nacidas de la reforma, y han creado una familia entrañablemente unida en el respeto, la mutua caridad y la santa obsesión de la unidad cristiana. “Mantente en la simplicidad y en la alegría, dice otra regla, la alegría de los misericordiosos, la alegría del amor fraternal.”

El cardenal Gerler ha dicho de Taizé:

“Yo no quiero a Taizé solamente por el encanto de las relaciones que he tenido con este centro lleno de vida. Lo quiero particularmente porque he encontrado allí, entre nuestros amigos protestantes, una ancha e inteligente comprensión de nuestras posiciones católicas, y porque he experimentado allí cómo esta actitud, sin echar por tierra lo que nos separa, puede favorecer los acercamientos, que sabemos son deseables y que adivinamos van a ser bienhechores.”

De esta comunidad protestante de Taizé surgió la llamada “operación esperanza”, magnífica experiencia de ecumenismo activo. En vez de colaborar al proselitismo agresivo desintegrador de tantas sectas y denominaciones protestantes, los hermanos de la famosa abadía han puesto en marcha una gran recolecta de fondos para ayudar a los obispos chilenos en el vasto problema de la reforma agraria. Los obispos decidieron repartir sus tierras a los campesinos sin tierra, organizando la produc-

ción agrícola sobre una base cooperativa. Para ello hacían falta técnicos y dinero. Y Taizé ha sido el buen samaritano. El prior Schutz explica sencillamente su hermoso gesto:

“El hecho de encararnos con estos problemas de tanta magnitud nos incita a marginar los hechos irracionales de nuestras divisiones. No desaparecerán las diferencias teológicas, pero nosotros debemos disminuir la tensión, anular la agresividad. Dios nos dirá al juzgarnos: ¿Qué has hecho por tu hermano? Hombres de esta generación, ¿qué habéis hecho por vuestros hermanos?”

Hay otro hecho reciente, que podríamos incluir en la “operación esperanza”, aunque es de otro signo. Del 7 al 9 de diciembre del pasado año se reunió en la ciudad de México la Primera Asamblea Plenaria de la Comisión de Misiones y Evangelización del Consejo Ecuménico de las Iglesias. Asistían observadores católicos. La Comisión de Misiones ha sido siempre la punta de lanza, dinámica y aun agresiva, del Consejo Ecuménico. La reunión se celebró a la luz del nuevo espíritu que se está creando, de armonía y fraternidad cristiana. No se habló del “paganismo católico latinoamericano”, ni de evangelizar un mundo ya evangelizado, sino del hecho dramático de las masas que se van descriptianizando rápidamente. El clima fue de seriedad teológica y concordia cristiana, que traducen las siguientes palabras del mensaje final:

“Afirmamos que la tarea cristiana es una y exige unidad. Es una porque el Evangelio es uno, porque las Iglesias en todo el mundo tienen que encarar el mismo trabajo esencial... Exige la unidad porque es una obediencia al Señor que es uno... No sabemos qué cambios se van a seguir de este principio, pero seguiremos caminando en la fe. Sigue siendo el mismo el designio de Dios: reunirlo todo en Cristo. Y con esta esperanza nos consagramos de nuevo a su misión en un espíritu de unidad y de humilde obediencia a Cristo Nuestro Señor vivo.”

Es cierto que la inmensa mayoría de las Iglesias protestantes latinoamericanas no tienen contacto amistoso con el Consejo Ecuménico de Iglesias, pero su influencia no deja de ser grande en ellas.

Con este sano ecumenismo sí que estamos conformes. Ecumenismo de la caridad, del mutuo respeto, de la acción mutua para impedir que nuestro mundo pierda su savia cristiana; y de ardiente oración para que un día se realice el deseo del Señor: que todos seamos uno (Juan, XVII, 21).